

EL MUNDO CÓMICO.

Director literario, M. MATOSES.

SEMANARIO HUMORÍSTICO.

Director artístico, J. L. PELLICER.

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS.)

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: Un mes, CUATRO REALES.—Tres meses, DOCE REALES.—Número suelto, UN REAL.—En Provincias: Un mes, CINCO REALES.—Tres meses, TRECE REALES.—Número suelto, UN REAL CINCUENTA CÉNTIMOS.—Se suscribe en las principales librerías de Madrid y provincias, y directamente en la Administración, litografía y relieves en zinc para imprenta, plaza de San Nicolás, 7 y 9, bajo.—No se admiten sellos de comunicaciones.

LA SORPRESA, — por PELLICER.



— «Cerido Ramon.» ¡Querido con C! ¡Qué infamia! ¿Quién le escribirá esto á mi marido?

LA GENTE DE BRONCE, — por PELLICER.



—¿Con que te ha pegao el Berrendo?
—¿A mí? ¡Puede!

MI AMIGO X.

Era más feo que Tito, más terrible en su fealdad que el cólera morbo; su cara, más repugnante que la fiebre icterodes, inspiraba más odio que un usurero. Era, en fin, su rostro indescriptible aun para el mejor de los fisonomistas.

Solo diré, como bosquejo de aquel semblante atroz, que los pómulos sobresalían de la nariz, de la frente y de la barba; esta era pequeña, pequeñísima, así como su nariz; el nacimiento de su cabellera era el centro de la frente, y sobre su labio hacían apariencias de bigote como un par de docenas de pelos de varios colores, tamaños é inclinaciones. Además unas pícaras viruelas le habían dejado la cara más cineelada que una rodela de la Edad media.

¡Pobre amigo mío! Tenía talento, eso sí; sabía mucho, era medianamente rico, caritativo, apasionado, afectuoso; todas las condiciones, en fin, que se hallan repartidas entre muchos hombres, las reunía él solo, y sin embargo, su infame cara le había convertido en el sér más desventurado de la tierra.

Muchas veces me decía: «¡Calcula tú cuánto daría yo por modificar un tanto esta pícara efigie, que

»preveo ha de ser mi perdición! Mil duros ó dos mil »son para mí una bicoca, para otros serían un capi- »tal; pues bien, yo los daría gustoso, ¿qué digo gus- »toso? agradecidísimo, por alargar un poco esta des- »venturada barbilla, que va pregonando mi infortu- »nio. Yo me contentaría con no ser un erudito á »cambio de que estos feroces pómulos reprimieran su »osadía. Yo pasaría, en fin, por ser un descortés, un »ignorante, un pobre descamisado... Pero ¡tener esta »cara! Vamos á ver, ¿dónde me presento yo con esta »cara?»

Y en efecto, el infeliz tenía que verse alejado de toda sociedad, de toda reunión, de todo amigo, pues unos y otros le negaban su afecto, le cerraban las puertas ó le mortificaban á fuerza de inconvenientes pullas ó de saetazos humorísticos.

No hay para qué decir á cuántos medios recurriría el mal aventurado para atemperar su espantosa presencia ó mitigar los disgustos que esta le proporcionaba.

Las mejores ropas, las más atractivas joyas y los más elegantes afeites fueron adquiridos inútilmente. Una preciosa levita hacía resaltar su fealdad; un sombrero á la *dernière* era el anacronismo más patente de su cara.

LOS CAFÉS, — por PELLICER.



En el Universal.

—¡Cinco! ¡Cinco años lo reflexioné sesudamente! No me atreví... y á los siete, mi criada se casó conmigo por lo civil y por lo eclesiástico.

Organizaba banquetes y festejos, y solo asistíamos dos ó tres amigos, únicos con que contaba.

Ofrecía derramar el oro en el seno de Vénus, y ¡asómbrense Vds.! no había sacerdotisa que se prestara al sacrificio.

¡Fué muy desgraciado!

Indecibles eran los efectos que á su paso por las calles causaba en los demás.

¿Pedirle á él limosna? ¿Tropezar con él por azar? ¿Encender un cigarro en su cigarro? ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Ni una sola vez!

Para hacerse con un ayuda de cámara recurrió á mil medios: ofreció 50 pesos al mes al que se atreviera á desempeñar la plaza; prometió mantener toda la familia del que se prestara á servirle... ¡Inútil oferta! Había aspirantes á cientos, á miles, pero en cuanto se ponían delante de mi amigo X se arrepentían, despreciaban sus ofrecimientos y huían despavoridos.

Al fin hubo de recurrir al medio de publicar este anuncio:

«Se necesita un hombre feo, muy feo, que quiera colocarse de ayuda de cámara. Cuanto más feo sea el que se presente mayor será el sueldo que gane.»

Un gallego (¡gallego había de ser!) aceptó el trato.

Ir con mi amigo á paseo era ir en berlina. Yo le acompañé una tarde. ¡Qué tarde!

—Hombre, ¡mire Vd. qué cara! decían todos.

—Pero ¿ha tenido padres ese hombre? exclamaba uno.

—¡Qué barbaridad! decían los más.

—¡Ave María Purísima! murmuraban los ménos.

—¡Si tiene tan fea el alma! exclamaba un católico.

—¡Qué cosas cria la naturaleza! añadía un materialista.

—¿Y hay quien le acompañe? dijo uno.

Yo iba vendido, volado; pero hacia de tripas corazón. ¡Qué culpa tenía el infeliz!

Una vez fuimos invitados á un baile de máscaras.

—Disfrázate, le dije; si te miran á la cara no te dejarán entrar.

Se disfrazó, se compró una careta fea, muy fea, horriblemente fea... pero no tanto como él.

A la mitad de función se rompe ¡oh dolor! la cinta que la sujetaba. ¿Quién es capaz de describir el pánico que se apoderó de los concurrentes?

Desmayos, corridas, gritos, imprecaciones, todo fué obra de un momento. Yo oí mezclarse los gritos de ¡favor! ¡socorro! ¡traición! ¡á las armas! ¡á ese! ¡sálvese el que pueda!

Un músico tuvo la feliz ocurrencia de tocar el himno de Riego y se calmó un tanto el escándalo. Otro anunció la llegada del alcalde y la Milicia del barrio, y se contuvo el alboroto algo más. Yo cogí del brazo á mi amigo X y nos salimos á la calle.

LAS MODISTAS, — por PELLICER.



—¿Pues no me ha llamado *gerguera*? Pero mira tú si es *cursi*... ¡tiene relaciones de correo con un veterinario de Cuenca...! ¡jál! ¡jál!

Pues bien, de estas peripecias ocurrieron un sin fin. Entrábamos en un teatro y se salía la gente, unos porque le veían, otros porque veían que se iban los demás.

Si íbamos á un café se quedaba sin un alma.

La empresa del teatro de la Opera le ofreció 1.000 reales diarios porque no asistiera á las funciones.

En fin, ni el cólera, ni la crisis monetaria, ni una sequía, ninguna calamidad ha sido tan odiosa como lo era su presencia en cualquier sitio.

Por último, se decidió á marchar á Inglaterra.

«Allí, decía, está la ciencia muy adelantada. ¿Quién

»sabe si á fuerza de dinero lograré encontrar un ortopedista que modifique este infame semblante?»

Pero Inglaterra fué su tumba antes de lograr su objeto.

Un día fijó su vista en una milady sentimental y poética. Al verle, ella cayó desmayada. El marido (era casado) quiso librar al pueblo inglés del azote X y le desafió. El lance se verificó y mi amigo quedó mortalmente herido.

La víspera de su muerte me escribía:

«He aceptado gustoso el duelo que me priva de la vida. Ya sabes que nunca tuve valor para pegarme

ESCENAS MILITARES, — por GIMENEZ.



— Yo sé lo que tiene que hacer un soldado que está de cuartelero; pero no sé lo que tiene que hacer un general que está de cuartel: ¡dígamelo Vd., cabo Zizaña!

— Mira: eso es lo preguntas al pae capellan, que yo no entiendo de tiología.

»un tiro. Mi conciencia ha rechazado siempre el suicidio. Muero, sin embargo, satisfecho, porque mi muerte libra á la humanidad de un hombre que era su desprestigio, su deshonra física. Ahí te envío mi último recuerdo.»

Este recuerdo era... ¡SU RETRATO! En el reverso se leía:

Al hombre más valiente del mundo, puesto que ha tenido el arrojo de ser mi amigo y acompañarme en muchas ocasiones. A mi inolvidable compañero...

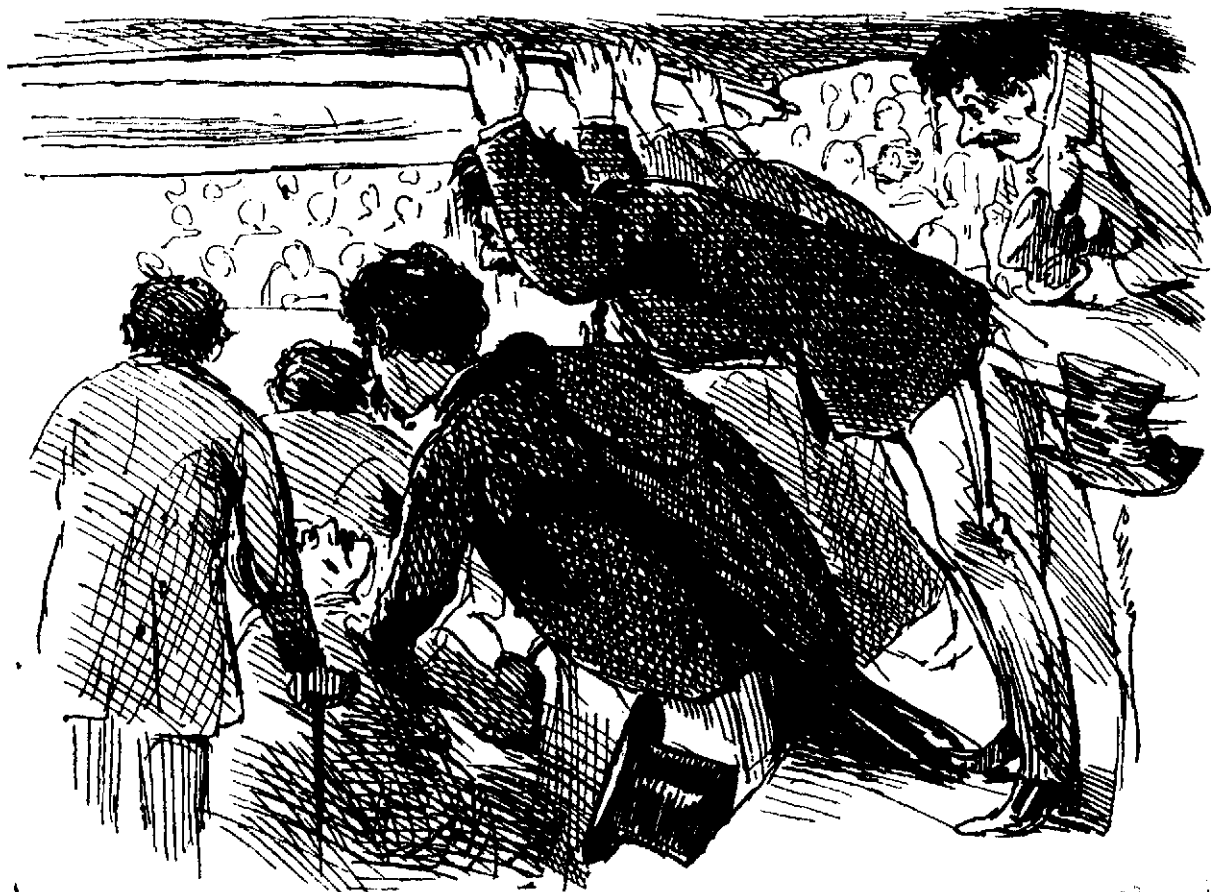
A. CORZUELO.

SILVIA.

(Idilio sui géneris.)

Apenas la primavera
al invierno crudo siga,
y de verde yerba y flores
montes y valles se vistan,
pasearemos por el campo
si te place, amada Silvia.
Alegres, irresponsables,
sin ninguna cortapisa,
veremos en una sola
fundidas nuestras dos vidas.
Oiremos cantar los mirlos
y los zorzales que anidan
en lo espeso de los sauces.

EL PARAISO DEL TEATRO ESPAÑOL, — por PELLICER.



— ¡Los actores! ¡Los actores solos!

Será grande nuestra dicha.
Se mostrarán los almendros
plagados de florecillas;
jugarán las mariposas
sobre el agua cristalina;
estarán en florecencia
las silvestres margaritas,
y veremos al milano
con sus alas extendidas
é inmóviles, cómo vaga
por la atmósfera infinita.
Yo rodearé tu cintura
con mi brazo, amada mía,
y el cielo será testigo
de nuestras mútuas caricias.
Si jugare sobre el césped
tendrá cuidado la niña
de que el lindo pié no se hunda
ó se desate la liga.
Mas ocúrreme una cosa
razonable, amada Silvia,
y es que podemos picarnos
en las salvajes ortigas;
que si húmeda está la tierra
daremos una caída;
que si algun perro nos sale
nos hará una tropelía;
que estará el sol muy ardiente

é irritará nuestra vista,
á más de una tifoidea
ú otra cosa parecida
que nos obligue á engullirnos
toda en peso la botica.
No iremos, no, Silvia, al campo,
pues todo eso es tontería
de bucólicos poetas.
No me gustan *florecitas*,
ni ver los milanos quiero,
ni corrientes cristalinas,
ni pastores ni pastoras
con sus mansas cabritillas,
ni vivir entre gañanes,
ni meterme en gañanías.
Me gusta más de una sala
ó de una alcoba lucida
respirar el tibio ambiente;
sombra prestan las cortinas,
y entreabiertos los cristales
dan paso á la pura brisa.
Allí estarás seductora
á la *negligé* vestida,
con las trenzas de tu pelo
que son tan rubias y lindas,
tan gruesas y perfumadas
sobre la bata caídas.
Veremos á alguna abeja

EN LA CALLE, — por LUQUE.



—¿Con que Luis está arruinado?
—Sí, chico. Toda su fortuna la invirtió en botas para Elv'ra.

que allí se introdujo indigna
zumbar sobre los cristales
buscándose la salida
después de chupar el néctar
de las rosas amarillas
y las blancas azucenas
que en los floreros se miran.
Eso es lo que á mí me gusta,
eso sí, preciosa Silvia,
y no las grandes tontadas
que dicta la fantasía
de bobáticos poetas
que entre mansas cabritillas,
si malo no les parece,
la yerba del campo triscan.

V. AGUILAR

—Pero, hombre, ¿por qué te has ensañado tanto
contra X. en la crítica de su comedia, que después de
todo no es tan mala?

—¡Toma! porque me pagan para que lo haga así.
¡De algo he de vivir!

—¿Y qué falta les hace á los demás que tú vivas?

Si caes enfermo procura ponerte en manos de un
médico, porque será posible que cures; pero nunca
te entregues á dos médicos á un tiempo, porque para
desprestigiar el uno al otro te echarán á la fosa en el
menor tiempo posible.

CUENTO.

Confesándose en Cuaresma,
un aragonés cerril,
la frente bajaba inquieto,
no sabiendo qué decir
cuando sobre el Catecismo
le preguntaba fray Gil.
Y como ni el *Padre-nuestro*
supo empezar, —«¡Infeliz!»
gritó el fraile amostazado;
«¿qué harás, si quiere, ¡ay de tí!»
«¿a su presencia llamarte
el Juez Supremo...?» Al oír
tal pregunta el penitente,
levantando la cerviz
dijo con tono resuelto;
—«¿Qué quisiste que haga...? ¡No diré!»
S.

EPITAFIO.

Yace aquí una tal Guillerma.
Dicen que era *corte-sana*,

y en ménos de una semana
puso media *corte-enferma*.

J. B. B.

Solucion á la charada del número anterior:

INCAPAZ.

CHARADA.

Fulgente resplandor, de luz nacido,
que alumbra miles veces mi carrera
da mi *primera*.
De admiracion y de entusiasmo henchido,
elevara á su autor *dos y tercera*
si yo pudiera.
Mas ¿qué soy yo? Tan solo un atrevido,
solo un pobrete de mezquina esfera;
¿cuarta y tercera!
¿Qué soy yo, más que un *todo* envejecido,
que pasa entre el jamon y la ternera
su vida entera?

TITÍ (suscriptor).

(La solución en el número próximo.)

CUARTO AÑO.

EL MUSEO DE LA INDUSTRIA,

REVISTA MENSUAL DE LAS ARTES INDUSTRIALES.

Esta publicacion, indispensable para todas las artes y oficios, verdadera enciclopedia artístico-industrial, cuyo exclusivo objeto es popularizar y difundir el buen gusto entre aficionados á industriales, forma cada año un tomo de cerca de 200 páginas, con multitud de grabados en madera, plantillas, recetas y noticias útiles.

Cada número se compone de 16 páginas en folio y un pliego suelto de 0^m,98 por 0^m,65, grabado por ambos lados, y conteniendo plantillas, en tamaño natural, de los modelos insertos en el texto; todo ello bajo una elegante cubierta, destinada especialmente á la publicacion de anuncios de obras y establecimientos industriales.

Al fin de cada año se repartirán la portada é índice correspondientes al tomo que forman los doce números.



— ¿Desea Vd. una buena fonja?

— Muchas gracias: lo que deseo es que me indique Vd. la Administracion de *El Museo de la Industria*, que para esto me he puesto en viaje...

Se suscribe en Madrid, en la Administracion, calle de Atocha, núm. 143, cuarto principal, y en las principales librerías.—En Provincias y Ultramar, por medio de nuestros corresponsales, ó mejor, dirigiendo el importe á esta Administracion en sellos de correo ó libranzas de fácil cobro.

Todas las suscripciones comienzan en el mes de Octubre.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

El pago ha de ser adelantado; de no hacerlo así no se servirán los pedidos.

Los artistas que quieran publicar sus obras deberán dirigirse á esta Administracion, donde se les enterará de las condiciones necesarias para ello.

A toda persona que nos remita las señas de su domicilio y un sello de 2 rs. se le mandará un número del periódico, como muestra.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid. Un año, 70 reales.

Provincias y Portugal. Un año, 80 id.

América Española. Un año, 10 pesos fuertes.

Filipinas. Un año, 12 id. id.

Cada uno de los tomos publicados, 100 rs. en toda España.